

ser meritorio para la vida eterna, por el motivo que se ha de tener presente para tomarlo. 3. Jamás estés del todo ocioso; lleva siempre contigo algun buen librito, que te puede servir mucho en mil ocasiones. Cuando no puedas hacer otra cosa, ora : *Sine intermissione orate* (1). Hay ocupaciones que son una verdadera pérdida de tiempo. Es cierto que las personas mundanas, las indevotas pocas veces dejan de estar ocupadas; pero ¿en qué? en el juego, en la diversion, en el paseo, en la caza, en leer algunos libros; pero las consolará mucho algun día el haber empleado el tiempo en esto?

---

SAN PASCUAL BAILON, CONFESOR.

Por los años del Señor de 1540, reinando Carlos V, y presidiendo la silla de san Pedro el papa Paulo III, nació san Pascual Bailon, el día 17 de mayo y primero de la Pascua de Pentecostés, para gloria de España y ornamento de la religion de san Francisco. El lugar de su nacimiento fué una pequeña aldea del reino de Aragon, llamada Torrehermosa. Sus padres fueron Martin Bailon é Isabel Jubera, honrados labradores de escasa fortuna, pero ilustres por la piedad de sus costumbres. Siendo todavía niño, comenzó la gracia á dirigir sus operaciones, como preludios que eran de la sublime santidad á que habia de llegar en la edad provecta. Si alguna vez le dejaba su madre solo, se iba á la iglesia, en donde le encontraba con los ojos fijos con tal intension en las imágenes de Jesus y de Maria, que le costaba trabajo separarle de ellas. Ya jóven, le dedicaron sus padres al oficio de pastor; y aunque este solitario ejercicio parece que le cerraba

(1) I. Thessal. 4.

las puertas para aprender á leer y escribir, pudo tanto su diligencia, que aprendió uno y otro, ya preguntando á los que sabian, ya ilustrándole Dios por medio de su gracia. Su zurrón, en lugar de contener el ordinario alimento, era un pequeña biblioteca de libros piadosos, y entre ellos el oficio de la Virgen que rezaba diariamente con suma devocion y consuelo de su alma. Por esta causa se separaba de los demás pastores, aborrecia sus juegos y entretenimientos, y vivia en aquel oficio como el ermitaño mas aprovechado. Su conversion era santa y agradable; sus modales apacibles y dulcísimos; su genio manso y templado; de modo que los demás pastores admiraban en él la madurez y prudencia de un anciano, y la pureza é inocencia de un ángel. Hablábales él muchas veces de la grandeza de las virtudes, de la santidad de la vida cristiana, y de la fealdad de los vicios; y esto lo hacia con tanta gracia; y con tan fervoroso espíritu, que los demás pastores, con ser ya algunos hombres ancianos, se movian á compuncion corriendo las lágrimas por sus rostros. Con singularidad les inspiraba una tierna devocion á la Madre de Dios, á quien él amaba y servia con todo el ahinco de su corazón. Si alguna vez advertia que sus compañeros se desazonaban y prorumpian en juramentos ó blasfemias, los corregia amorosamente, y los suplicaba que pusiesen sus ojos en María santísima; y de este modo logró apaciguar sus rencillas, y muchas veces librarlos de peligros.

No se olvidaba al mismo tiempo de añadir á los duros trabajos de pastor otras varias mortificaciones, entre ellas el andar descalzo por lugares escabrosos y llenos de espinas; procurando de este modo imitar al Pastor divino, que tanto habia padecido por sus ovejas. Divulgándose la fama de sus amables prendas, entró en deseos Martin Garcia, hombre poderoso, á

quien el santo servia, de tenerle por hijo, estimando en mas esta gloria que todas sus riquezas. Llamó á Pascual, y cuando le tuvo en su presencia le manifestó que queria adoptarle por hijo, haciéndole dueño de las muchas posesiones y riquezas que le habia dado el cielo: bien veía cuánto le convenia aceptar este parlido, trocando la vida trabajosa que entonces llevaba por otra regalada y abastecida de bienes de fortuna. *Ven, pues, le dijo, ven á mi casa, serás mi hijo, y despues de mi muerte serás mi heredero.* Cualquiera que tuviese espíritu menos desinteresado que el de Pascual, hubiera aceptado con sumo gusto aquella oferta, estimándola como principio y fin de su fortuna. Pero el santo jóven, que habia ya elegido en su corazón á Jesucristo por su heredad y toda su riqueza, le respondió, con el semblante lleno de modestia, que se habia propuesto en su corazón servir á Dios en pobreza voluntaria; que nada aborrecia tanto como los bienes de este mundo, que tenia por lazos é impedimentos para conseguir la verdadera felicidad; y que distaba tanto de admitir su generosidad, que antes bien pensaba en hacerse religioso, abandonando no solamente los bienes temporales, sino la posibilidad de obtenerlos. Que por lo demás le daba rendidas gracias, y le estaria agradecido encomendándole á Dios en sus oraciones.

Con este pensamiento procuraba Pascual estrechar su vida con nuevas mortificaciones, ensayándose en la vida austera que debia emprender. Siendo ya de edad de veinte años, deliberando sobre la ejecucion de sus santos intentos, pasó al reino de Valencia. Quiso despedirse de una hermana que habitaba en un lugar intermedio; y habiendo ido á su casa, le recibió esta con sumo amor, y quiso regalarle segun sus facultades la permitian. Dispúsole una abundante cena; pero por mas instancias y súplicas que le hizo,

no pudo determinarle á tomar otra cosa que un poco de pan y agua. Admiróse la hermana de tanta abstinencia, y conjeturando que á esta mortificacion acompañarian otras mayores, con una compañera llamada Juana García, se puso á acechar á la puerta del cuarto, en que habian dispuesto la cama á nuestro santo. A poco tiempo de haber entrado en él, advirtieron que se desnudaba, y sacando unas disciplinas, se azotaba con tanta crueldad, que tuvieron que apartarse de allí, no pudiendo contener las lágrimas que sacaba de sus ojos aquel sangriento espectáculo. A la mañana siguiente, habiendo tomado pan y agua por desayuno, encargó mucho á su hermana que viviese en el santo temor de Dios, y despedido de ella prosiguió su viaje.

Llegó al reino de Valencia con intencion de hacerse religioso; pero no proporcionándose ocasion oportuna para ello, tuvo que volver á su ejercicio de pastor. Ocupábase en él en las cercanías de Montfort, pueblo del reino de Valencia, en el cual habia uno de los primeros conventos de la reforma de san Pedro de Alcántara, y en su iglesia una devotísima imagen de Nuestra Señora de Loreto. Aficionóse tanto á esta imagen, que venia frecuentemente á visitarla, y cuando estaba en el campo tenia por lo comun vuelto el rostro hácia la iglesia, no pudiendo separar sus ojos de donde tenia el corazón. Hablaba con los demás pastores de cosas pertenecientes al espíritu, logrando en ellos tanto fruto, que en presencia suya ninguno osaba hacer cosa reprehensible. Sin embargo vivia descontento, porque el ejercicio de pastor le privaba de muchos consuelos espirituales, y porque era sumamente difícil alimentar bien el ganado sin menoscabo del prójimo. En esta materia llegaban sus escrúpulos hasta el extremo de delatarse á si mismo: luego que su ganado habia hecho algun daño, y él lo

advertia, se iba al dueño, y no se separaba de él hasta que, tasado prudentemente, se lo satisfacía con su soldada. Otro motivo de descontento en su vida de pastor, era el ver las desarregladas costumbres y perversos hábitos de aquellos toscos pastores: no era lo mas la usurpacion de los bienes ajenos, dejando entrar el ganado en las heredades; el nombre de Dios, á quien bendicen las yerbas y flores del campo, era blasfemado; las mutuas rencillas de los pastores se terminaban en maldiciones y juramentos; de lo cual ofendido en gran manera el santo jóven, determinó escapar cuanto antes de tan multiplicados peligros. Significólo á un amigo suyo, que era de los mas moderados entre aquellos pastores, el cual le respondió: « Si piensas entrar en religion, ¿porqué no te » vas al monasterio de Nuestra Señora de Huerta, » que es monasterio rico y está en tu tierra? — Por » eso mismo, respondió el santo, yo he dejado mi » patria, mis padres y parientes para vivir en este » mundo como en un destierro, sin mas pensamiento » que buscar el camino derecho para la patria celestial; yo he renunciado el rico patrimonio y adopcion que me ofrecia mi amo, por la pobreza de » Jesucristo; y así nada me puedes prometer mas » opuesto á mis intentos, que la entrada en un monasterio rico, y que está en mi patria. »

Aunque hasta entonces no tenia Pascual determinacion fija del sitio y religion en que haria sacrificio á Dios de sí mismo, con todo eso, la divina Providencia le iba adjudicando en cierto modo á la religion franciscana en su nueva reforma. Daba á entender esto aquella devocion particular á Nuestra Señora de Lóreto, que le habia inspirado la gracia, y el especial afecto que á los religiosos de aquel convento profesaba. Veia en ellos una suma pobreza en la comida, en el vestido, en los ajuares de sus habita-

ciones, y aun en los utensilios para los ministerios sagrados; veia una humildad verdaderamente cristiana, de aquellas que huyen las exaltaciones y grandezas de la ambicion; veia, en fin, la mortificacion de Jesucristo y su cruz, y esto mismo se conformaba con sus santos propósitos y sus costumbres. Añadiase á esto que por aquel tiempo vivian en el convento Lauretano muchos religiosos de una virtud verdadera y de una mortificacion asombrosa. Tratábalos el santo con frecuencia, porque acudia con ella á consolar su alma en los santos sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía; y con este frecuente trato ibase aficionando á vivir con ellos. Los santos son delicados en la ejecucion de sus resoluciones. Siempre están temerosos de sus propias luces, y solícitos de averiguar el verdadero camino por donde quiere Dios que le sigan. Padecia Pascual ansiedades en su espíritu, y suplicaba al cielo con fervorosos suspiros que se dignase manifestarle su voluntad para ponerla luego por obra. La oracion sencilla, las lágrimas que salen del corazón, encuentran inmediatamente acogida en la divina misericordia. Una vision celestial aseguró á Pascual de su vocacion: parecióle ver, en un enajenamiento de espíritu, un religioso y una religiosa que vestian un hábito de penitencia muy semejante al que usaban los religiosos del referido convento. Vuelto en sí, entendió que la voluntad de Dios era que tomase allí el hábito; y sin mas dilacion se presentó al guardian, y se lo pidió con humildad. Como eran bien conocidas las virtudes del santo jóven entre todos los religiosos, accedieron con gusto á sus súplicas, y le dieron el hábito con suma complacencia, persuadidos de que Dios los enriquecía con un tesoro de santidad. Luego que Pascual se vió religioso, contempló que debía manifestar su gratitud al beneficio recibido, con nuevos ejercicios de piedad. Dobló sus penitencias, enfervorizó su

espíritu, dedicóse á la oracion con mas ardor y mas perseverancia que antes. Aunque por su instruccion y talento podia haber aspirado á ser religioso de misa, escogió ser religioso lego; y su humildad se complacia en ejercer los oficios mas bajos y mas penosos de la casa. Vista su verdadera vocacion, y reconocida por inspirada del cielo, le dieron la profesion, el dia de la Puñificacion de Nuestra Señora, en el año de 1565.

Viéndose Pascual libre de los lazos del mundo, y dedicado para siempre al servicio de Dios, atada su voluntad con los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, dió gracias al Todopoderoso, y comenzó de nuevo la carrera de la perfeccion. Nunca se le vió ocioso: la oracion, la mortificacion y las ocupaciones de la obediencia dividian su tiempo y sus obras. Solicito de la santificacion de su alma, huia como de una serpiente de la ocasion mas remota en que pudiese haber ofensa de Dios. Nadie vió en su conducta obra ó palabra que pudiese notarse, no ya de pecado grave, pero ni aun leve. Era amantísimo de la verdad. Siendo portero, llamaron unas mujeres, solicitando que el guardian bajase á confesarlas; llevó el santo el recado, y respondiéndole el superior que le excusase, diciendo *que no estaba en casa*, respondió el santo: *Perdonadme, Padre, no diré tal cosa, porque eso seria pecado venial*. Amaba á Jesucristo con tal ternura, que todas las acciones de su vida y los tormentos de su pasion, los tenia siempre presentes para imitarlos. De aquí nacia aquella mansedumbre con que trataba á todos, aquella alegría que hacia su rostro semejante al de un ángel; de aquí aquella prontitud á cuanto le mandaba la obediencia, aquella austeridad y rigor con que trataba su cuerpo, sujetándole á las leyes del espíritu; y de aquí finalmente aquel zelo y sollicitud de la salvacion de las almas, que procuraba por todos los medios.

No se contentaba con aliviar la miseria temporal de sus prójimos pidiendo limosna para darla despues á los necesitados: su caridad se extendia á mas altos fines, y sus limosnas eran acompañadas de discursos patéticos sobre la fealdad del pecado, sobre las penas del infierno y sobre la grandeza de Dios. Esta invencion feliz redujo á muchas almas de un estado de perdicion á una vida fervorosa, contándose entre ellas muchas mujeres perdidas, muchos pecadores endurecidos y obstinados en sus vicios, que, acobardados de su enormidad, llegaban á desconfiar de la divina misericordia. Con el mismo espíritu de caridad reprendia las faltas que advertia, no solamente en sus hermanos, sino aun en los mismos superiores. Tenia en esto tanta gracia, y era tan dulce el artificio que le sugeria su zelo, que jamás su correccion produjo disgustos ni desazones, sino reconocimiento y enmienda.

La fe, aquel don sobrenatural y divino que levanta el alma á la contemplacion de los sublimes misterios, y da fuerzas al hombre para emprenderlo todo con una segura confianza en la asistencia del cielo, tuvo en san Pascual tan feliz acogida, que sus obras maravillosas se pudieran contar por sus acciones. Son innumerables los milagros que obró Dios por su intercesion, ya venciendo el poder de la enfermedad y de la muerte, y ya produciendo repentinamente alimentos con que socorrer á los necesitados. En sí mismo manifestaba de continuo un estupendo milagro, que era premio de su sencilla humildad y de la viveza de su fe. Jamás habia aprendido mas que á leer y escribir; su trato habia sido con pastores; sus ejercicios mecánicos. El continuo empleo de su tiempo en las obligaciones de portero, limosnero y otros ejercicios semejantes, le alejaba de las conversaciones de los religiosos instruidos en materias